

- Gómez-Porro, F. (2007): "El cantor de las heridas", en Gamoneda, A.: *Cecilia y otros poemas*. Madrid, Fondo de Cultura Económica / Universidad de Alcalá, pp. 103-111.
- Herman, J. (2004): *Trauma y recuperación (Cómo superar las consecuencias de la violencia)*. Madrid, Espasa-Calpe.
- Méndez Rubio, A. (2008): *La destrucción de la forma (Y otros escritos sobre poesía y conflicto)*. Madrid, Biblioteca Nueva.
- Merleau-Ponty, M. (1955): *Les aventures de la dialectique*. París, Gallimard.
- Míntz, J. R. (2006): *Los anarquistas de Casas Viejas*. Granada, Diputación de Cádiz/ Diputación de Granada/Ayuntamiento de Benalup-Casas Viejas.
- Sachs, N. (2009): *Viaje a la transparencia (Obra poética completa)*. Madrid, Trotta.
- Sloterdijk, P. (2007): *En el mundo interior del capital (para una teoría filosófica de la globalización)*. Madrid, Siruela.

JOSÉ MANUEL BLECUA, «MAESTRO DE MAESTROS»

Antonio Pérez Lasheras
Universidad de Zaragoza

Hablar de José Manuel Blecua Teijeiro, Blecua padre, es para mí un orgullo, pero también una obligación, una de esas deudas morales que uno contrae a lo largo de su vida y que, tarde o temprano, debe pagar. Principalmente, es un honor poder hablar aquí de quien fuera maestro de maestros y guía imprescindible para quienes hemos hecho del estudio de la literatura española una actividad esencial en nuestra vida. Si esta dedicación se ha centrado en el Siglo de Oro, el agradecimiento ha de ser crecido, y, si esta actividad se ejerce desde Aragón, todavía deberemos redoblar los esfuerzos del reconocimiento y la gratitud sin límites a don José Manuel Blecua.

El sintagma que he utilizado para introducir estas palabras: «maestro de maestros», necesita alguna explicación; en el caso de quien habla, eso es más que cierto, puesto que Blecua fue profesor de varios de los profesores que yo tuve en esta Facultad y de otros muchos de los que he ido aprendiendo a lo largo de mi carrera. Sin embargo, acudiendo a lo más inmediato: antes de la implantación de Filología en la Universidad de Zaragoza (1970), los estudiantes aragoneses que querían realizar estos estudios cursaban sus tres primeros años en Zaragoza y marchaban a Barcelona para estudiar la especialidad. Allí Blecua los tutelaba con un cariño especial. En el caso de Blecua, hay varias generaciones distintas que lo frecuentaron en las aulas, dado

que fue, antes de catedrático de Literatura Española en la Universidad de Barcelona (desde 1959 hasta su jubilación, siendo después emérito), catedrático de Lengua y Literatura Españolas en el Instituto de Enseñanzas Medias Goya de Zaragoza. Allí Fernando Lázaro Carreter, Félix Monge o Manuel Alvar fueron sus discípulos entre los muchos que tuvo en los años cuarenta y cincuenta. Desde 1959, también fueron legión los estudiantes de Filología en la Universidad de Barcelona: Francisco Rico, Pere Gimferrer, Aurora Egido, Ignacio Prat, Antonio Armisén, M.^a Teresa Cacho, sus propios hijos José Manuel y Alberto, Andrés Sánchez Robayna...

En lo que nos importa, el profesor Blecua comenzó su labor docente e investigadora nada más concluir la guerra civil española, con lo que su tarea estuvo condicionada por unas circunstancias históricas muy concretas y poco propicias para la lírica. Antes, en plena guerra, fue ocasionalmente profesor en el Colegio Santo Tomás de Aquino, que regentaba el padre del poeta Miguel Labordeta y de su hermano José Antonio. Miguel Labordeta padre era profesor de latín y en ese colegio en el que había estudiado el Blecua niño y adolescente, fue donde se estrenó en la docencia.

No voy a repasar aquí toda la obra de Blecua, dado que esta supera con creces los límites de esta breve exposición. Sí que quiero reseñar que, aunque centrada en el Siglo de Oro, Blecua conocía bien la poesía contemporánea y muestra de ello fueron sus espléndidos trabajos sobre Jorge Guillén, Miguel Labordeta o Ildefonso-Manuel Gil. Por otra parte, dedicó también su tiempo a la literatura medieval, en concreto al Infante don Juan Manuel, de quien publicó sus obras completas, y a Juan de Mena, de quien editó el *Laberinto de Fortuna*. Y, en medio, el Siglo de Oro, con ediciones *definitivas* (si este término cabe en algo tan efímero como el mundo de la edición) de la poesía de los hermanos Lupericio y Bartolomé Leonardo de Argensola, Fernando de Herrera, Lope de Vega, Fray Luis de León o Francisco de Quevedo.

La poesía fue su pasión y, por eso, se convirtió, quizás, en el mayor y mejor lector de poesía del último siglo. En este sentido, creo que sólo sería comparable a Menéndez Pelayo, aunque con un criterio mucho más abierto.

Por otro lado, conocer la corriente historiográfica en la que se desenvuelve Blecua en sus trabajos filológicos no es tarea complicada, entre otras cuestiones porque la tradición filológica española era mínima y se circunscribía, básicamente, a las propuestas de Menéndez Pelayo, en su famoso programa, complementado con su *Historia de las ideas estéticas*, sus estudios sobre los traductores y sobre los que él denomina heterodoxos, porque esta obra marca el contracanon. Tras él, vendría

Menéndez Pidal, con su nacionalismo político y lingüístico. Así, Blecua, al referirse al aragonés, comenta:

El aragonés dialectal nace al desgajarse la unidad lingüística por la presión castellana. Menéndez Pidal ha estudiado magistralmente este fenómeno. La antigua unidad lingüística de los visigodos, rota por la invasión árabe, vuelve a resquebrajarse con las innovaciones fonéticas de Castilla, más audaz y emprendedora que las demás regiones no dominadas. Mientras los mozárabes quedaban bloqueados en las regiones sometidas, sin poder evolucionar su lengua, León, Castilla y Aragón iniciaban la reconquista. Pero León y Aragón son regiones que muestran desde un principio una gran reacción al cambio lingüístico. [...] La corte aragonesa se nutrirá durante muchísimos años de elementos franceses y provenzales.¹

Y después habría que añadir la figura de Dámaso Alonso, que añadió otro fundamentalismo: el nacionalismo religioso.

Curiosamente y frente a lo que pudiera parecer, fue Menéndez Pelayo quien planteó las propuestas más abiertas e integradoras: escribir la historia de la literatura hispánica, agrupando las escritas en otras lenguas que no fuera el castellano, incluidos el latín, la literatura portuguesa y Latinoamérica. Sus seguidores, sin embargo, abogaron por un castellanismo exclusivista, al que quisieron hacer ver que era, en gran medida, integrador del resto de las lenguas hispánicas. Oigamos al montañés:

En el sentir de ilustres críticos a quienes respeto, con el sentimiento de no poder seguirlos, la Historia de la literatura española no es ni más ni menos que la historia de la literatura castellana. Este error, a mi ver funesto, y que no sólo a la literatura sino a otras esferas trasciende, ha contribuido a embrollar y oscurecer hasta lo sumo, muy doctos juicios e investigaciones. [...] Nuestro estudio ha de limitarse a las producciones españolas en que predomine un elemento estético. Y, ¿qué entendemos por obras y escritores españoles? Aquí comienza la división y el desacuerdo. Y los que sostienen no ya la hegemonía, sino el exclusivismo castellano, se fundan en dos razones, una de nacionalidad y otra de lengua.²

En fin, Blecua, como no podía ser de otra manera en su tiempo, participa de estas líneas programáticas, aunque se siente heredero del espíritu integrador del polígrafo cántabro. De ahí, por ejemplo, que una de sus líneas investigadoras, la literatura aragonesa, la vea siempre como una aportación a esa gran historia de la literatura española que nunca existió.

1.- José Manuel Blecua, «La aportación del carácter aragonés a la literatura española», en *La vida como discurso*, Zaragoza, Heraldo de Aragón, 1981, pp. 19-35, p. 19. [Publicado antes en el diario *Heraldo de Aragón*, el 12 de octubre de 1946].

2.- Marcelino Menéndez Pelayo, «Programa presentado por Menéndez Pelayo en las oposiciones a la cátedra de la Literatura Española en 1878», en *Obras Completas de Menéndez Pelayo*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1941, ed. de Enrique Sánchez Reyes, vol. 1, pp. 3-75, pp. 14-15.

De Menéndez Pidal toma Blecua la teoría lingüística del nacimiento del español como una coiné de los romances peninsulares, lo cual es muy bonito, pero hoy sabemos que es radicalmente falso.

También Dámaso Alonso influyó en Blecua. Trabajaron, incluso, juntos y, fruto de este trabajo, es una excelente edición de la poesía tradicional española. Sin embargo, poco o nada se ha reparado cuando se habla de escuelas críticas y de teorías literarias en que su artículo «El estilo de *El Criticón* de Gracián», aparecido en 1945, debería considerarse como uno de los primeros trabajos basados en los fundamentos de la estilística, anterior a la formulación teórico-práctica de Dámaso Alonso, *Poesía española* (1950), pero posterior a *La lengua poética de Góngora* (1935).

José Manuel Blecua es todo un ejemplo de rigor en sus trabajos filológicos y literarios. Rigor como aspiración, pero siempre desde la honestidad y la humildad, dos de las grandes virtudes del sabio de Alcolea de Cinca. Era muy frecuente verlo dudar de sus logros y, sobre todo, casi pedir disculpas por no haber podido o sabido llegar más lejos. También lo era verlo disfrutar de sus logros, riéndose, incluso, de las modernas teorías como la ecdótica que su hijo Alberto había utilizado para editar *El Conde Lucanor* y llegar a la misma conclusión textual a la que él había llegado sin saber nada de ecdótica ni de esas cosas. Destacaba su generosidad. Sus charlas, sus conferencias eran siempre una invitación a proseguir el camino abierto al joven investigador y así lo ofrecía con frecuencia. Su humildad le llevó a decir que de lo que más orgulloso se sentía era de haber introducido una coma en un poema de Fernando de Herrera.

Su máxima, tomada de su amigo Dámaso Alonso, sería transmitir «fervor y claridad» en sus clases, en sus conferencias, en sus escritos y en sus ediciones. Casi cabría añadir también en su vida.

Su labor se centró, principalmente, en la edición de textos, especialmente del Siglo de Oro y, dentro de este período, de poesía. Es importante este aspecto porque Blecua siempre entendió la labor del editor (en sentido anglosajón) como la de un intermediario que acercaba e interpretaba el texto antiguo al lector moderno, salvando todo aquello que el tiempo había construido como barrera de incomprensión, olvido o malentendidos. Era un primor verle explicar el distinto sentido de la palabra *patria* en el siglo xvii al analizar el conocido soneto de Quevedo.

También redactó varias historias de la literatura para escolares, ajustándose a los diversos programas que iban marcando las diferentes legislaciones. En ellas,

destaca el intento de interaccionar textos y teoría, de manera que los estudiantes leyeran algunos textos clásicos. En este sentido, cabría destacar su obra *Teoría y textos de la literatura española*, que tuvo varias ediciones. Habría, de otra parte, que destacar su labor como editor (esta vez en el sentido empresarial), ya que fue cofundador de la colección Ebro de clásicos españoles, colección que fue todo un oasis en el desierto de la posguerra.

Entre todo este embrollo lo que no hay apenas son libros monográficos ni ensayos. Su principal obra ensayística consiste en recopilaciones de artículos ya publicados, pero aun así, hay que reconocer el mismo rigor en un artículo periodístico que en otro publicado en la más sesuda revista filológica. Destacan, en este aspecto, una serie de artículos publicados en el *Heraldo de Aragón* y sus contribuciones a varios homenajes. Y es que la amistad fue una de sus constantes. *Sobre la poesía de la Edad de Oro* (1970), *Sobre el rigor poético en España y otros ensayos* (1977) y *La vida como discurso. (Temas aragoneses y otros estudios)* (1981). Poco más, no se prodigó Blecua en artículos para revistas ni actas de Congresos, porque apenas los frecuentó, en parte, como él decía, por su sordera.

Voy a tratar de adentrarme un poco más en el sentir y en el pensar literario de José Manuel Blecua realizando un pequeño seguimiento de sus juicios sobre Gracián.

Entre los múltiples intereses investigadores de don José Manuel, no podía faltar la obra y la figura de Baltasar Gracián. Y no podía ser de otra manera, ya que el belmontino cumple sobradamente con dos de las líneas preferentes de temas, autores y obras que merecieron la atención de Blecua a lo largo del más de medio siglo de dedicación y estudio a la literatura española. La primera de estas líneas sería la cronológica, una línea horizontal, que describiría su dedicación mayoritaria como investigador y divulgador de las letras españolas de los llamados Siglos de Oro. La otra de las líneas (esta vertical) nos dibujaría la singular atención que el profesor Blecua dedicó a la literatura aragonesa, aunque él defendiera la existencia de un carácter propio de los aragoneses, más que una literatura.

No son, realmente, muchos los trabajos que José Manuel Blecua dedicó exclusivamente a analizar la obra de Baltasar Gracián, aunque hay que reconocer, por una parte, que han tenido una repercusión considerable, en gran medida porque supo siempre adivinar tendencias y aventurar nuevas perspectivas que, muchas veces, serán seguidas por unos discípulos que, casi siempre, han hecho honra al maestro; pero, por otra parte, hay que tener en cuenta que Gracián fue, en todo momento, una referencia

constante en su obra, puesto que, para él, representaba la esencia de la aportación aragonesa a la literatura española.

El trabajo más amplio dedicado exclusivamente al belmontino es el titulado «El estilo de *El Crítico* de Gracián», aparecido en el *Archivo de Filología Aragonesa*, en 1945. Quizá, porque, como dijo Gracián, «Lo bien dicho se dice presto», apunta este trabajo un camino que será seguido por muchos críticos después.

Blecua parte de los presupuestos de la estilística, que tan buenos frutos aportará en la crítica literaria española gracias a los excelentes trabajos publicados por Dámaso Alonso dedicados a la poesía de Góngora. (Recordemos que, en 1935, había aparecido la primera versión de *La lengua poética de Góngora*.)³ Define el estilo —siguiendo a Max Jacob— como la «voluntad de forma», por lo que la estilística deberá buscar lo que cada autor «aporta de original al estilo común de su tiempo». Gracián parte de una idea desilusionada del mundo y «Esta visión tan penosa de la realidad es la que dará origen a parte de su estilo: ese estilo breve, ceñido y enjuto, como su cuerpo. Ese estilo ansioso de evadirse de la realidad, y, por otra parte, ansioso también de advertir con sentencias y ejemplos». Su clave es «no ser vulgar y hacer que el inteligente goce desentrañando un concepto, una alusión velada o ría con un excelente equívoco». La búsqueda del goce intelectual le llevará a la deformación de la realidad, acercándose así al «capricho fantástico, al surrealismo», porque la realidad «se deforma, como en un espejo cóncavo, dando origen a un mundo ilusionista, pero no ideal».

Gracián, en su *Agudeza*, habla de dos estilos: el asiático o dilatado y el lacónico o conciso. Él apuesta por el «lacónico», caracterizado por su brevedad y concisión, por su precisión en la elección de cada término. El propio autor habla constantemente de esa palabra «preñada», que esconde otras vidas dentro de sí, nuevas interpretaciones, renovados sentidos; es un «estilo breve y ceñido, en el que las palabras, a fuerza de apurar sus posibilidades de expresión, vuelven a cobrar nueva vida».

Analiza Blecua los recursos para llevar a efecto este estilo, que son: por un lado, la animalización, la personificación o el mundo al revés (aquello que provoca la desautomatización de la realidad), la elipsis (que imprime un ritmo rápido), el zeugma, la tendencia a la sentencia, la búsqueda de paradigmas, la contraposición, la inclusión de frases hecha y refranes y su subversión, la paronomasia y la polisemia, el equívoco

3.- La obra apareció como primera parte de una obra mayor, que nunca se publicó. Su teoría quedaría expuesta en *Poesía Española. Ensayo de métodos y límites estilísticos* (Garcilaso, Fray Luis de León, San Juan de la Cruz, Góngora, Lope de Vega, Quevedo), cuya primera edición es de 1950.

y la elusión. Es decir, todo lo que conduzca a la abstracción, a la esencialidad, porque «Toda su obra girará alrededor de unos temas cuya finalidad será la misma: advertir para triunfar; educar el genio con el ingenio; hacer un discreto, un héroe, un político, o bien enseñar a caminar por el mundo salvando la treta con la contratrete, la cifra con la contracifra». En fin, el estilo de Gracián se basa en su tendencia a la sentencia, a reducir la frase a una suerte de aforismo, por lo que lo apodíctico se apropia de la frase. No cabe duda de que Gracián apela siempre a la inteligencia del receptor.

El artículo es revelador porque marcará una línea de análisis en la obra de Gracián. Además, la definición de su estilo determinará toda una manera de ver el mundo que Blecua asimilará al carácter aragonés, en otro de sus trabajos clásicos.

En efecto, el día del Pilar de 1946 apareció en *Heraldo de Aragón*, el artículo «La aportación del carácter aragonés a la literatura española»⁴. Allí, se definen una serie de rasgos que Blecua considera constantes en las manifestaciones literarias aragonesas a lo largo de la historia y Gracián aparecerá como uno de los autores con que se ejemplifican casi todos estos rasgos. Veamos: «El aragonés carece de imaginación» («Gracián es un moralista, un filósofo»); «Lo ético, en primer plano» («Toda la obra de Gracián responde a una intención didáctica y ejemplar»), o «La difícil claridad» («Gracián pide una brevedad enjundiosa para no irse por las ramas. [...] Gracián es la cima de un criterio aragonés antiornamental. La cima del ingenio aragonés [...]. El traspase de la realidad, por decirlo así. El abrir un boquete a lo real y ver lo que hay detrás, tan implacablemente como Marcial, Gracián o Goya»).

Por no hablar del «Desprecio por lo vulgar» o «El ingenio», rasgos que también caracterizan —según Blecua— las producciones artísticas de los aragoneses. El caso es que Gracián —como Marcial o Goya— será para Blecua uno de los ángeles tutelares del carácter aragonés porque en él se concentran los rasgos que nos caracterizan. Y de esta manera aparecerá en multitud de trabajos de nuestro insigne profesor en los que Gracián será una simple referencia de estos elementos. Así, en la antología *La poesía aragonesa del barroco* (1980), al hablar del proverbial realismo aragonés, comenta: «El aragonés, sensato y realista, poco imaginativo, rara vez deformará lo que entra por sus ojos; ama intensamente lo verdadero y ejemplar [...]. Algún crítico presentará enseguida los nombres de Gracián o de Goya como excepciones, pero bien estudiada la

4.- El artículo fue recogido después en *La vida como discurso. (Temas aragoneses y otros estudios)*, Zaragoza, Ediciones de Heraldo de Aragón, 1981, pp. 19-35. El libro tiene un prólogo de Juan Domínguez Lasierra, quien en su artículo «El carácter aragonés en la literatura (Fuentes generales para una historia literaria de Aragón)» (*Turia*, 11 (1989), 163-176, recogido después en *La Literatura en Aragón. Fuentes para una historia literaria*, Zaragoza, IFC, 1991) lo resume y comenta ampliamente.

obra de ambos, su manera de ver la realidad responde al mismo criterio de objetividad aragonesa, aunque su labor vaya unida a otra de las notas más características: el profundo sentido ético del aragonés, su ansia de una sociedad mejor».

En 1950, José Manuel Blecua publicó una edición escolar con una selección de *El Criticón* para su colección de Clásicos Ebro. Se trata de una obra reeditada en numerosas ocasiones (la quinta edición es de 1971). En la amplia introducción –que debe mucho al artículo dedicado al estilo de esta obra publicado en 1945– hace un repaso por la vida y la obra de Gracián en los siguientes epígrafes: *Gracián y su obra*, «*El Criticón*», *Orígenes del «Criticón»*, *La sátira*, *Pesimismo y salvación*, *Gracián conceptista* y *Gracián en Europa*, en los cuales nos presenta a un intelectual puro, cuyo mayor disfrute consistía en el goce del entendimiento, en el placer intelectual.

Considera Blecua que la obra cumbre del belmontino tiene una intención pedagógica y moralista, cuyo objeto es la «formación de un prototipo ejemplar, de un cortesano del siglo xvii que tiene que vivir en un mundo preñado de amenazas y vicios». Su gran acierto es que «Gracián habla a los hombres en el lenguaje que ellos entienden, el de la utilidad».

Otro de los trabajos clásicos del profesor Blecua está dedicado al conceptismo de Góngora. Se trata de un breve artículo aparecido por primera vez en el periódico *ABC*, el 27 de diciembre de 1961, y reeditado en varias ocasiones. En apenas cinco páginas, nos pone al día sobre una de las aporías más absurdas de la historia de la literatura española: la oposición *conceptismo / culteranismo* como dos maneras distintas y enfrentadas de concebir el hecho poético. Evidentemente, como todos sabemos, fue Gracián quien teorizó sobre el conceptismo y, curiosamente, el poeta más citado en su *Agudeza y arte de ingenio* es Góngora, alabado en todo momento por su capacidad para crear conceptos. Bueno, pues a pesar de que ha habido ya muchos críticos e historiadores de la literatura que han demostrado la inoperancia de la oposición, sigue dominando los manuales de nuestros estudiantes y es, a lo que parece, uno de los grandes falsos prejuicios sobre la poesía española del siglo xvii.

Blecua fue uno de los primeros críticos contemporáneos en tratar de destruir el tópico de esta oposición. Antes, Alexander A. Parker (en 1951), al analizar algunos sonetos de Quevedo, había insistido en la contradicción; después de aparecido el artículo de Blecua, su amigo el profesor Félix Monge publicó el que fue uno de los pilares de la refutación del tópico (1966), seguramente inspirado en las breves –por

gracias– notas de Blecua. Un año después, André Collard remataría la faena con un libro que, todavía hoy, sigue siendo fundamental para delimitar este asunto: *Nueva poesía. Conceptismo, culteranismo en la crítica española*.

La claridad expositiva del profesor Blecua en este trabajo es modélica. Así comienza el artículo:

Lentamente, pero con notable empuje, va abriéndose camino entre los críticos e historiadores de la literatura española la idea de que la vieja división entre culteranismo y conceptismo no explica bien lo que ocurre en la poesía española del siglo xvii, y, en parte, no lo explica porque ignoramos todo o casi todo sobre los orígenes y desarrollo del conceptismo. Por eso, todo lector atento que se acerca a la *Agudeza y arte de ingenio*, de Gracián, queda extraordinariamente sorprendido al ver que el teorizador del conceptismo y de la agudeza se sirve con tanta frecuencia de Góngora para ejemplificar sus sutilezas y distingos. Ya Menéndez Pelayo, que tantas cosas observó, aun de paso, notó ese fenómeno curioso: el teorizador del conceptismo se servía, precisamente, del autor de las *Soledades* y no de un Quevedo. (Frente a más de sesenta citas de Góngora, las de Quevedo no llegan a diez, si mi recuerdo no es infiel.) Gracián vio muy bien que Góngora había sido «cisne en los conceptos, águila en los conceptos», como dice una vez. Pero también un Saavedra Fajardo, no mal juez en gustos literarios, afirmaba en su *República literaria* algo muy interesante: «Cuando en las veras deja correr su natural, es culto y puro, sin que la sutileza de su ingenio haga impenetrables sus conceptos, como le sucedió después, queriendo retirarse del vulgo y afectar oscuridad; error que se disculpa con que aun en esto salió grande, y nunca imitable».

Lo curioso, lo realmente sorprendente de este breve artículo es que Blecua va ejemplificando el conceptismo gongorino con romances y letrillas, sobre todo de su primera época; pasa después a algunos sonetos y concluye con la *Fábula de Píramo y Tisbe*, donde «Góngora quiso demostrar que no sólo era capaz de escribir el *Polifemo*, sino algo mucho más difícil –desde el tono a la lengua– usando el metro octosilábico [...]. Quiso demostrar que no sólo era el mejor y más alto poeta culto de la lengua española, sino también el más agudo, difícil y paradójico de los conceptistas de su tiempo. Y no hay duda de que lo consiguió, puesto que esa lectura no es fácil ni siquiera para los especialistas».

Aunque sólo sea por esta temprana reivindicación de este poema gongorino –que tanto ha costado y todavía cuesta revalorizar–, el trabajo de Blecua –publicado en el triste aniversario del cuarto centenario del nacimiento del poeta cordobés– se adelanta a su tiempo y se sitúa en la vanguardia crítica que apuntaba en el hispanismo foráneo y que, en España, de alguna manera lideraba Fernando Lázaro Carreter.

Otro grupo de trabajos está destinado a indagar en el entorno gracianesco, en el grupo de escritores e intelectuales del que Baltasar Gracián era uno de los líderes, en especial en el grupo de Juan Francisco Andrés de Uztarroz, pero también en la llamada «escuela poética aragonesa» y en el barroco aragonés en general, cuyo fruto más granado fue la tesis doctoral a la que orientó a Aurora Egido sobre la poesía aragonesa del siglo xvii, publicada en 1979. Dentro de este grupo, podemos encuadrar el artículo dedicado a Francisco de la Torre y Sevil, poeta tortosino inmerso en las academias zaragozanas, en el que da cuenta de la obra de este autor *Entretenimiento de las musas, en esta baraxa nueva de versos...* (1654), que incluye una aprobación de Gracián, en la que dice haber tenido días atrás «postrado el apetito de un gran artazgo de coplas».

Si identificamos este artazgo con una de las pocas antologías de poesía barroca, inspirada –tal vez, incluso, realizada– por el propio Gracián, nuestro jesuita sería autor, además de las obras que todos conocemos, de una edición antológica de poesía española del siglo xvii, en la que se combinan autores españoles ya clásicos (como Góngora, Lope de Vega, Quevedo, Mira de Amescua, Salas Barbadillo, Vélez de Guevara, Tirso de Molina o Bocángel), con otros del círculo aragonés (como el mismo Francisco de la Torre, los hermanos Leonardo de Argensola, Francisco de Sayas, Diego Morlanes, Diego de Frías, Jerónimo de Cáncer, Alberto Díez de Foncalda, o García de Porras). Me refiero a la antología titulada *Poesías varias de grandes ingenios españoles recogidas por Josef Alfay*, publicada en Zaragoza, en 1654 y reeditada en 1946 por Blecua.

Por otro lado, encontramos en la bibliografía del profesor Blecua toda una serie de pequeños trabajos en los que, directa o indirectamente, se alude a Gracián; se trata de pequeñas reseñas, fruto de sus colaboraciones en prensa, que muchas veces marcan algunos hitos dignos de consideración. Así los titulados «Una traducción del *Oráculo* de Gracián» (1953), «Una gran edición del *Oráculo manual*» (1954, sobre la edición de Romera Navarro), «Una admiración de Gracián: Antonio Pérez» (1980, donde se reivindica del estilo «conceptista» de este político –valga la polisemia o la anfibología– tan «caro» para Aragón), además, tenemos una curiosa carta: «Sobre el arte de la prudencia» (1948), o el artículo «La vida como discurso» (1974), donde nos habla de *El Crítico* como novela del «homo viator», que narra una verdadera antropología filosófica.

La última de las publicaciones dedicadas a Gracián por el profesor Blecua es una separata de 1982 que no aparece en las bibliografías gracianas al uso: *Baltasar Gracián. Un pensador europeo del siglo xvii*, publicado en Zaragoza, por Publicaciones «La Cadiera». Se trata de un folleto de ocho páginas, de las que poco más de tres son

de texto. Allí, como si de un resumen final se tratara, vuelve a reafirmarse en sus conclusiones anteriores: «Toda su obra [de Gracián] se dirigirá a transformar el *hombre* en *persona* y tratar de salvarlo de las acechanzas de ese mundo creado perfectamente por Dios, pero al que los propios hombres han convertido en inhóspito». «Gracián, intelectual puro, que goza con lo arcano, agudo e ingenioso...». Finalmente, «Su estilo breve y ceñido, lleno de intenciones y no de extensiones, ofrece continuamente términos con doble o triple significado».

Todavía podemos encontrar algún apartado más de gran utilidad para el análisis de la obra de Gracián en trabajos dedicados al estudio o edición de otros autores u obras, como el capítulo «Sobre los Argensola en la *Agudeza*», que se incluye en la edición de las *Rimas* de los hermanos Lupercio y Bartolomé Leonardo de Argensola, realizada en Zaragoza, en 1959. O en la edición del zaragozano *Cancionero de 1628* (1945), donde se rechaza la atribución a Gracián de las *Selvas de todo el año*, impresas desde finales del xvii entre las obras del jesuita y que Blecua atribuye al licenciado Matías Ginovés, pues en el citado cancionero aparece una de las silvas, concretamente, la del verano, atribuida a este autor.

En fin, este ha sido, *grosso modo*, nuestro recorrido por la presencia de Gracián en la obra del profesor José Manuel Blecua. Aunque no fue tema de investigación prioritaria ni exclusiva, sin embargo la presencia de Gracián es una constante en su obra crítica, en gran medida porque, como queda dicho, siempre lo consideró, por un lado, como el paradigma de lo aragonés y de su aportación a la literatura española, y, por otro, como el máximo representante del barroco español. Por ello, hemos considerado que era un buen camino para rastrear, más que el pensamiento, la manera, el método de operar de uno de los más grandes maestros que ha dado la filología española. En todo caso, sus notas gracianas han quedado como un reto y una incitación a futuros trabajos, una provocación a su continuación, un principio para la dialéctica, para el diálogo, para la polémica, porque, como buen maestro, don José Manuel Blecua siempre presumió de aprender de sus discípulos y provocó en ellos el deseo de ir un poco más allá, de dar cuatro pasos adelante, de concluir lo que él, astutamente, había apuntado, dejando tan sólo que se asomara el principio, la punta de todo un iceberg de sabiduría y saber hacer.

Referencias bibliográficas

- ALONSO, Dámaso, *La lengua poética de Góngora. Primera parte*, Madrid, CSIC, Anexos de Revista de Filología Española, 1935.

- , *Poesía Española. Ensayo de métodos y límites estilísticos* (Garcilaso, Fray Luis de León, San Juan de la Cruz, Góngora, Lope de Vega, Quevedo), Madrid, Gredos, 1950. Existen numerosas reediciones, con revisiones y ampliaciones.
- BLECUA, José Manuel, «El estilo de *El Criticón* de Gracián», en *Archivo de Filología Aragonesa*, serie B, I (1945), pp. 7-32; reed. en *Sobre el rigor poético en España y otros ensayos*, Barcelona, Ariel, 1977, pp. 119-151.
- , ed. *Cancionero de 1628*, Madrid, CSIC, 1945.
- , ed. *Poesías varias de grandes ingenios españoles recogidos por Josef Alfay*, Zaragoza, IFC, 1946.
- , «La aportación del carácter aragonés a la literatura española» (1946), en *La vida como discurso...*, 1981, pp. 19-35.
- , «Introducción», en Baltasar Gracián, *El Criticón*, Zaragoza, Editorial Ebro, 1959, selección, estudio y notas de José Manuel Blecuá.
- , «La prosa (Continuación)», en *Historia y textos de la literatura española*, Zaragoza, Librería General, Aula, 1969, t. I, cap. XXIV, pp. 373-380.
- , «Una traducción inglesa del *Oráculo*, de Gracián» (1953), en *La vida como discurso...*, 1981, pp. 53-55.
- , «Una gran edición del *Oráculo manual*» (1954), en *La vida como discurso...*, 1981, pp. 55-57.
- , «Sobre los Argensola en la *Agudeza*», en Lupercio y Bartolomé Leonardo de Argensola, *Rimas*, Zaragoza, CSIC, 1959.
- , «Don Luis de Góngora, conceptista», en *ABC* (27 diciembre 1961). Reimp. en *Sobre la poesía de la Edad de Oro*, 1970 y en *Sobre el rigor poético en España y otros ensayos*, 1977, pp. 85-90.
- , *Sobre el rigor poético en España*, Barcelona, RABLB, 1969. [Discurso de ingreso en la RABLB, leído el día 14 de diciembre de 1969]
- , «Introducción», en *La poesía barroca del Barroco*, Zaragoza, Guara Editorial, 1980, pp. 13-18.
- , «Francisco de la Torre, amigo de Gracián» (1978), en *La vida como discurso...*, 1981, pp. 58-61.
- , «Una admiración de Gracián: Antonio Pérez» (1980), en *La vida como discurso...*, 1981, pp. 62-64.
- , «La vida como discurso», en *La vida como discurso...*, 1981, pp. 294-296.
- , *La vida como discurso. (Temas aragoneses y otros estudios)*, Zaragoza, Ediciones de Heraldo de Aragón, 1981.
- , «Baltasar Gracián. Un pensador europeo del siglo XVII», Zaragoza, Publicaciones «La Cadiera», n.º 318, 1982, separata.

- COLLARD, Andrée, *Nueva poesía. Conceptismo, culteranismo*, Madrid, Castalia, 1967.
- EGIDO, Aurora, *Poesía aragonesa del siglo XVII. (Raíces culteranas)*, Zaragoza, IFC, 1979.s
- LÁZARO CARRETER, Fernando, «Sobre la dificultad conceptista», en *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, Madrid, CSIC, 1956, t. VI, pp. 355-386. Reimp. en *Estilo barroco...*, 1977, 3.ª de., pp. 13-43.
- , «Situación de la *Fábula de Píramo y Tisbe*», en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XV (1961), pp. 463-482. Reimp. en *Estilo barroco...*, 1977, 3.ª de., pp. 45-68.
- , «Dificultades en la *Fábula de Píramo y Tisbe*», en *Romanica et Occidentalia. Études dédiées à la mémoire de Hiram Peri*, Jerusalén, 1963, pp. 121-127. Reimp. en *Estilo barroco...*, 1977, 3.ª de., pp. 69-76.
- , *Estilo barroco y personalidad creadora. Góngora, Quevedo, Lope de Vega*, Salamanca, Anaya, 1966; 1977, 3.ª edición.
- MONGE, Félix, «Culteranismo y conceptismo a la luz de Gracián», en *Homenaje. Estudios de Filología e historia Literaria lusohispanas e iberoamericanas publicados para celebrar el tercer lustro del Instituto de Estudios Hispánicos, Portugueses e Iberoamericanos de la Universidad Estatal de Utrecht*, La Haya, Van Goor Zonen, 1966, pp. 355-381.
- ROMERA NAVARRO, Miguel, «La antología de Alfay y Baltasar Gracián», en *Hispanic Review*, XV (1947), pp. 325-345.